

RECIBIMIENTO DEL DOCTORADO HONORIS CAUSA DE LA
UNIVERSIDAD NACIONAL DE PIURA

Señor Rector de la Universidad Nacional de Piura, Ingeniero Freddy Aponte Guerrero:

Señor Decano de la Facultad de Ciencias Sociales y Educación, Doctor Manuel Peralta Oliver:

Señores autoridades:

Señores miembros de la comunidad universitaria:

Señoras y señores:

La generosidad de este claustro me ha permitido visitar una vez más esta hermosa ciudad en circunstancias singularmente gratas, tanto por el honor que me acaba de ser conferido cuanto por el privilegiado testimonio de aprecio que hoy me ofrece la comunidad académica de la Universidad Nacional de Piura. Acercarse a esta región de la patria es recorrer los paisajes de mares, llanos y manglares que desde su infancia inspiraron a Carlos Augusto Salaverry, el más romántico de nuestros poetas románticos, y escuchar el

nunca agotado eco, a través de los hombres y mujeres que aquí viven y luchan, de las hazañas del Gran Almirante del Perú.

Ocasiones como la presente mueven inmediatamente a la conciencia a dirigir una mirada agradecida a todos los que han contribuido de tan distintos modos a que quien habla sea sujeto de esta honrosísima distinción académica. En verdad, el merecimiento personal se hace menos visible si reparamos en que siempre lleva tras de sí una estela radiante de pequeñas y grandes contribuciones, de las de nuestros padres y amigos, de las de nuestros maestros y discípulos; también de nuestros colegas mayores y menores, e inclusive de nuestros alumnos, ello sin dejar de lado el apoyo y la comprensión de una esposa a la que se ama profundamente y el correspondido afecto de maravillosos hijos. Esta es pues una distinción que agradezco no sólo de modo personal sino también en nombre de la Universidad Católica y de todos aquellos que habitan en mi historia, porque entiendo que esta auténtica casa de estudios superiores de Piura ha deseado a través mío reconocer la dimensión personal inherente a la vida de todo hombre y resaltar ese sentido colectivo de la genuina tarea académica, que hoy se hace realidad gracias al trabajo en común que realizan profesores de nuestras dos instituciones.

Esta realidad del quehacer en común, en campos tan disímiles como el derecho y la informática, las ingenierías y los servicios universitarios, es fruto de una certeza acerca de nuestra comunión de ideas en torno a una genuina tradición académica, que hermana a nuestras comunidades en la búsqueda permanente de la justicia y la verdad. Reconocernos tributarios de

esta vieja tradición universitaria no significa en modo alguno atarnos a viejos valores o defender principios ya acabados, sino cumplir con la tarea permanente de repensar la realidad y, como parte de ello, emprender a plenitud la siempre difícil tarea de la autorreflexión. Esta certeza me impulsa, señor rector, a extender estas agradecidas palabras para compartir en este claustro una sumaria reflexión acerca de la ruta que la Universidad en nuestros días viene desarrollando, de modo que podamos afirmar nuestra identidad y fijar señales de alerta para quienes recorran y prolonguen con nosotros este camino.

Quiero referirme especialmente a evidencias que nos hablan de una verdadera crisis de la Universidad, hecho que no nos debe hacer pensar necesariamente en una situación de debacle, sino en un estado de cosas que impone una nueva definición de conceptos. En efecto, cualquiera sea la posición de adoptemos respecto de lo que ha de ser hoy la Universidad, qué papel debe cumplir y cómo debe constituirse para enfrentar los problemas de estos tiempos, no podemos soslayar la existencia de un clarísimo desafío. Ya en los inicios de este siglo, el filósofo Edmund Husserl señalaba la aparición de una crisis de la ciencia, evidenciada por su alejamiento aparentemente definitivo de la subjetividad, para convertirse en un conjunto de disciplinas centradas en lo factual. *"Meras ciencias de los hechos"*, advertía entonces el pensador alemán, *"hacen meros hombres de hechos"*. Tal condición, que se desvía de los problemas decisivos de la humanidad, del sentido de su existencia y de su razón, parecen ser el signo dominante en nuestros días. Dentro de este contexto, los valores originales de la vieja tradición en la que acostumbrábamos reconocer a la Universidad se han ido progresivamente

poniendo en cuestión hasta desdibujarse: la sociedad del conocimiento, avizorada en las primera décadas de este siglo en medio de un declarado espíritu positivista, es ya una realidad, y ello finalmente ha transmutado la serenidad y la reflexión propias de la vida universitaria en pronta avidez de resultados y en desprecio por la meditación.

El conocimiento del cual tanto se habla, en relación con un largo y digno pasado, ha perdido hoy su valor intrínseco y, reducido a simple información, se afinca en los dominios de lo utilitario, con un marcado sentido fungible alentado por su crecimiento incesante e inusitado, generado, a su vez, por la revolución tecnológica que vivimos. La tan trajinada globalización, al potenciar las fuerzas del mercado, ha propiciado que éstas alcancen magnitudes insospechadas en el intercambio comercial y que, en clara hipertrofia, se impongan también en el servicio educativo universitario, el cual resulta entonces una “mercancía” valiosa, manipulada por estrategias alejadas de los intereses estrictamente académicos que otrora motivaron sus principales desvelos.

La misión de la Universidad, en esta nueva línea de pensamiento, se debe reducir a cumplir una tarea definida: la de ofrecer un servicio destinado a preparar a sus estudiantes para el ejercicio de una profesión. A partir de esta premisa, deberíamos entonces aceptar que de lo único que cabe discutir es cómo llevar a cabo dicho quehacer, sobre la base de la definición de dos actores con intereses distintos pero complementarios: por un lado, el estudiante que requiere un servicio, a saber, ser adiestrado en una determinada profesión; por otro, la Universidad, institución destinada a cubrir

dicha necesidad a cambio de una contraprestación. Como resultado de ello, la tarea de las autoridades universitarias, reeditando la vieja sofística, consistiría entonces en satisfacer eficientemente la demanda de nuestros “clientes”. Los rectores, decanos y jefes de departamento deberían convertirse en auténticos gerentes, hábiles para la administración (incluyendo la de las personas, ahora reducidas a la categoría de recursos) siguiendo la racionalidad económica que lleva al éxito de cualquier empresa.

Aparece para nosotros un concepto inédito, el cual podríamos denominar “neo-Universidad”. Se instaura así para la Academia un nuevo *ethos*, erigido sobre los conceptos de mercado, precio, servicio y cliente, dentro del cual, abocarse al análisis de lo que la ciencia debe significar para el hombre implica situarse como lastre para el progreso y actuar en contra de la nueva moral establecida. Dramático e irónico contraste, en el que la neo-Universidad, rechazando la herencia de la sólida tradición crítica que ha distinguido a su antecesora, abraza axiomáticamente, sin interpelarlos, criterios impuestos por un sistema de ideas que, diciendo exaltar la libertad, no se avergüenza sin embargo de enervarla al restringir el diálogo, limitándolo a sus estrechos parámetros.

La vocación de verdad que permanentemente ha animado el *espíritu* de la vieja Universidad, su misma inquietud por cuestionar su ser y su misión, a la luz de las ideas anteriormente reseñadas, correspondería a una oscura época de barbarie en la que la humanidad, carente del saber que diera cuenta de la naturaleza y le permitiera transformarla, no había alcanzado aún a comprender la validez suprema de las leyes del mercado. Frente a este

denostado anacronismo, se afirmaría entonces en la nueva versión al hombre moderno quien, en el ámbito de la educación superior, tendría que abrirse confiadamente a un nuevo horizonte en el que todas las verdades le serían a la postre reveladas, en el que todos los engaños de la historia serían finalmente desmontados, en el que la técnica ofrecería de modo contundente la razón última de la existencia. Institución de nuevo cuño y animada por un *carácter* inédito, nace pues la neo-Universidad a partir de un anatema lanzado contra la tradición y la historia en obediencia a una supuesta regla de oro: no hacerse cómplice de una manera de comprender al hombre y al mundo que lo único que nos ha ofrecido como fruto es atraso y subdesarrollo, en suma, retardo en la marcha inexorable de la humanidad hacia un mundo presuntamente feliz.

Esta propuesta, ya en marcha en nuestro país, pretende adquirir la forma de un camino incuestionable, naturalmente dado, y en ello no está exenta de ingenuidad; sin embargo, no es en modo alguno inocente, pues responde a intereses que desean adquirir legitimidad ocultándose en el ropaje de una retórica supuestamente renovadora y modernizante. Mas basta desnudar algunas características del nuevo modelo para descubrir de qué modo introduce sin reparos una seria perturbación en el sentido esencial de la Universidad, debilitando su contenido y su fuerza y colocando finalmente a la ciencia en una situación ambivalente: por un lado, ídolo amable que debe adorarse sin reservas; por otro, materia debilitada y extrañada del mundo de la vida.

Es necesario denunciar, por ejemplo, cómo las tendencias recientes, en aras de la libertad de empresa, han convertido la relación entre estudiante y

profesor en un vínculo estrictamente comercial, disolviendo las relaciones de comunidad que enriquecen y animan la marcha académica: por un lado, el profesor queda reducido a la condición de un empleado que responde ante una gerencia; por otro, el estudiante se limita a ser un receptor sin iniciativa de un servicio y abandona el papel de agente de su propia formación. La creación de conocimiento ya no nace a partir de la búsqueda espontánea en la comunidad de especialistas, sino que se sujeta a las demandas de los propietarios.

En consecuencia, la investigación, labor fundamental a ser cumplida por la Universidad, ya no estará guiada por los valores académicos de la búsqueda desinteresada de la verdad, sino más bien por los intereses empresariales. Por ello, la eficiencia hace las veces de medida de lo que ha de considerarse justo o verdadero. Dentro de este nuevo sistema de valores, la ciencia misma, que se promociona como superior ideal, leit motiv que debe gobernar la educación, queda disminuida a un saber instrumental y operatorio que no se piensa a sí mismo. Por su parte, la tecnología, carente ahora de raíces, se convierte en un activismo miope, indiferente a los valores últimos que confieren dignidad y sentido a la persona humana.

Todo el panorama anteriormente reseñado se resume en un proceso ora sutil, ora abiertamente tosco: la sustitución del *ethos* académico por el *ethos* empresarial, el cual, transgrediendo los márgenes en que puede adquirir entera validez, se introduce en la Universidad para reconfigurarla sobre el fundamento de la mera administración de las cosas y en las que se comprenden, según esta perspectiva, no sólo los bienes tangibles sino también a las personas y las ideas.

Una de las viejas trampas del historicismo, tantas veces denunciada, consiste en exonerar de responsabilidad y de capacidad de decisión a quienes sin embargo son llamados actores sociales, suerte de fatalismo invocado una vez más para forzar a someternos a los mandatos de las ideologías en boga. Por el contrario, recuperar nuestra personalidad como agentes sociales es una obligación urgente para quienes debemos enfrentar la realidad social y especialmente la de América Latina. El Perú, en particular, ha sido terreno de múltiples ensayos de modernización a lo largo de esta última centuria, que no han dejado sino un país fragmentado, constituido en desarrollos dispares e inequitativos. Dentro del pequeño cosmos de la sociedad peruana, se experimenta vivamente un hecho que ha constituido una de las preocupaciones más acuciantes de los pensadores sociales en los últimos años: un mundo más comunicado nos habla ciertamente de la “aldea global”, pero también de los desesperados devaneos de la infinidad multicultural que clama, a veces violentamente, por un reconocimiento de las identidades colectivas. ¿Cómo hacer caso omiso de esta heterogeneidad y aceptar sin mayores cuestionamientos una voluntad unívoca que a la larga causa mayores fracturas?

La sociedad globalizada aspira a proporcionar bienestar y sería injusto y poco lúcido no advertir que ella nos invita a nuevas formas de relación que enriquecen los perfiles de todas las culturas al ponerlas en contacto; pero asumida sin reflexión provoca también tensiones sociales por su doble carácter homogeneizante y disgregante. Por lo primero, nos conduce a posibilidades esperanzadoras para un discurso de consenso que acerque a los

pueblos entre sí, permitiéndoles acceder a los beneficios que ofrece la tecnología; por lo segundo, busca cubrirlo todo con un manto de “indiferencia” frente a realidades culturales autónomas, al sumirlas en el anonimato de la mediación virtual, alejadas del “mundo de la vida” de la praxis dialógica, carnal, intersubjetiva y responsable. Frente a todo esto, resultaría absurdo proponer el aislamiento, en virtud de un ingenuo conservacionismo cultural; pero igualmente lo sería aceptar una medianía niveladora que finalmente implicaría una nueva y quizá más dura forma de dominación. Como propuesta que nace de la síntesis entre las aspiraciones de justicia e igualdad y los rasgos que definen la situación técnico-científica, económica y social de nuestro tiempo cabe, según mi entender, considerar la alternativa de lo que podría llamarse la “mundialización”, que implicaría abrirse paso a un nuevo universo de horizontes éticos y políticos destinados a establecer un diálogo armonioso y consensual. Tarea, sin duda, mucho más difícil, que se sustenta en recobrar la conciencia de nuestra historicidad, es decir, la intersubjetividad en la que están envueltos nuestros actos y decisiones, el mundo de la vida.

En un sentido contrario, el neoliberalismo ha convertido a la vorágine de la información en un presunto saber que atosiga y no permite relacionarnos con el mundo al negar o ignorar la historicidad de todo discurso. El “fin de la historia” fue denominado también el “fin de las ideologías”, descalificando *a priori* la posibilidad de admitir diversos modos de acercarse a la realidad y es que, convertida en mercancía, la información no vale por el saber que reporta sino por la posibilidad de ser intercambiada, obviamente, dentro de un esquema universal que desacredita todo aquello que no participe de sus leyes.

Pues en efecto, el conocimiento materializado en partículas de información, en “datos” aislados, pierde la consistencia del discurso integrado. Se ausentan así los contenidos sociales y políticos que otrora movilizaran a la opinión pública y a sus orientadores. Las personas se convierten en consecuencia en agentes individuales que se mueven por apetitos y aversiones, como lo anunciaba Hobbes, y ya no pertenecen más a comunidades identificables, pues todas se uniformizan para encontrar sitio en el gran mercado mundial. El “mundo de la vida” y su textura espiritual, esto es, su sustancia ética se hallan, pues, desdeñados.

La situación predominante antes descrita debe llamar nuestra atención, pues constituye el pretendido argumento *de facto* en el que se amparan las propuestas que pretenden demoler los valores académicos y otorgar un nuevo papel y un nuevo rostro a la Universidad del siglo XXI. Sin embargo, en nuestras manos está el decidir entre adaptarnos de manera acrítica a los nuevos estilos o bien responder a ellos con imaginación e inteligencia. Ciertamente es mi convicción, como lo es de la Universidad que presido, que esta última debe ser la tarea a emprender, en tanto que deseamos encauzar la ciencia y la técnica hacia la consecución de la justicia y la prosperidad para nuestros pueblos.

Conscientes de lo expuesto, es menester sostener, cuantas veces lo reclame la oportunidad, que la Universidad no puede postularse como una empresa comercial. No es una asociación que reposa en vínculos meramente contractuales de prestación de servicios y de pago por los mismos, pues ni la

propiedad, ni el poder, son sus notas definitorias. Concebir nuestra labor bajo estos principios subalternos no sólo es ignorar lo que tradición milenaria ha perfilado, lo que la historia ha venido definiendo, y que, sin duda alguna, nosotros, y los que sigan después, continuaremos afirmando, es también –y vale la pena subrayarlo- coartar la búsqueda libre del saber, pervertir su naturaleza haciéndolo pasar por las horcas caudinas del lucro y finalmente esterilizar la crítica libre por el sometimiento de ella a intereses mercantiles que se hallan a infinita distancia del diálogo y sentido comunitario que es esencial a la academia.

El ámbito de nuestra reflexión no puede, por tanto, agotarse nunca en la coyuntura del momento, sino que ha de recuperar y hacer vivo el pasado que la historia consigna al mismo tiempo que ha de arrojar luz sobre un porvenir, por definición incierto, y con él sobre el deber-ser que se ofrece como frágil conquista de la libertad. Una legítima concepción de lo humano, tanto en el plano individual como en el social, se resiste pues a toda consideración que, limitada al aquí y al ahora, pretenda decirnos que lo humano del hombre alcanza plenitud en la figura de un ente aislado. Son más bien, a nuestro juicio, las palabras coexistencia y solidaridad las que nos introducen en el campo semántico que hace justicia a la realidad humana. Persona, y no mero individuo, miembro de una comunidad y no simple variable de un cuadro estadístico o elemento desdeñable dentro de una fatal marcha histórica, ser portador y realizador de los más altos valores y no anónimo súbdito dentro del imperio del mercado, la persona humana halla raíz y telos en su carácter de abierto a la alteridad, a los otros hombres y a la trascendencia. Es en tal

apertura en la que finalmente las esferas de lo social y lo individual descubren su esencial correspondencia y hallan su auténtico sentido.

Asumir esta concepción como sustancial no es una mera afirmación formal; la solidaridad que mencionamos exige respuestas, y la universidad se halla en la obligación de encontrarlas. Debemos aceptar, entonces, que somos misión antes que institución y que como miembros de esta comunidad somos corresponsables en una tarea, partícipes de un claro designio espiritual y que, por tanto, no nos está permitido soslayar en este punto nuestra más cabal entrega. Hemos, pues, de abogar incesantemente en defensa de la identidad de lo humano. Identidad significa, hay que decirlo con más énfasis que nunca, constitución de caracteres originales sobre la base de un reconocimiento mutuo anclado en el diálogo y la comunicación, la aceptación de la pluralidad a partir de lo común y compartido, sin que el resultado sea una nivelación de las diferencias, sino más bien el presupuesto necesario para el desarrollo de calidades singulares que empero sólo alcanzan sentido en el seno de una radical dignidad común.

Allí donde en vez de prójimo hay competidores, allí donde el valor último es la búsqueda del éxito individual, no hay nada que no pueda ser sacrificado, no hay principio que no sea ignorado, ni límite que no pueda ser transgredido. Lo mismo ocurre cuando el éxito individual es reemplazado por el de un grupo o el de una clase social: el sacrificio de principios y el desconocimiento de límites son absolutamente naturales y resultan de la observancia de una lógica férrea pero abominable. La historia lo demuestra con elocuencia, tanto en lo que concierne al pasado como en los hechos actuales. La feroz indiferencia

del individualismo y la violenta injusticia de la dominación que marcan nuestra historia y nuestro presente son, así, dos caras de una misma moneda que obedecen en el fondo a la ilusoria pretensión por la que se concibe al hombre como eminente propietario. No se cae en cuenta de que en verdad el hombre es un peregrino de su propia identidad y debe dirigir sus pasos en una tierra que no le pertenece hacia la construcción de la civilización del amor, que es la realización de la Historia que Dios le encomendó.

Es misión de la Universidad, en consecuencia, la formación de cada hombre como sujeto en búsqueda y afirmación de su identidad humana. Y en este sentido, ella entra en consonancia con el mandato socrático del “conócete a ti mismo”, entendido como una reflexión de cada uno sobre sí que no se limita a lo puramente mío, pues la mismidad de la existencia carece de sentido si se la desvincula de la vida en y con los otros. Acatar este mandato implica el cultivo de la libertad desde una perspectiva que surge de lo comunitario y hacia ello se orienta. Esta noción es parte sustancial de lo que solemos comprender como *ethos* universitario. Él nos señala que la formación que la universidad ha de ofrecer es tanto cognitiva cuanto moral; promover la percepción de lo verdadero para difundirlo en la misma medida que impulsar la práctica de lo bueno para compartirlo. Nada de esto es posible si nos limitamos a darle categoría de principios al aquí y ahora. Una vez más, por tanto, debemos atrevernos a una consideración comprehensiva del carácter de posibilidad de nuestra existencia. Formar personas implica recuperar para todos y cada uno la dimensión de nuestra historicidad, que no es otra cosa que reconocer como elementos constitutivos de lo humano la asunción del pasado y la apertura al futuro.

Reiterémoslo: la formación científica y moral a la que el *ethos* universitario nos convoca debe conducirnos a no perder nunca de vista que formar profesionales es un apostolado antes que un oficio; compromiso moral antes que una obligación laboral. Estamos aquí para dar contenido y enriquecer la experiencia de los jóvenes. Ésta es nuestra misión, y lo es en más de un sentido, pues tenemos la obligación con el conocimiento mismo, con su cultivo y perfeccionamiento, en la misma medida en que tenemos la responsabilidad de formar integralmente como personas, es decir, como seres libres y pensantes, a los jóvenes que acuden a nuestros claustros. Jamás olvidemos que la formación profesional que la Universidad imparte es sólo un camino para la consecución de ese fin que somos nosotros mismos en tanto seres humanos, responsables no sólo de nuestra propia existencia sino también copartícipes de la nunca acabada misión de construir un mundo cada vez más pleno.

Considero que estas reflexiones de carácter general expresan una manera de entender la Universidad que compartimos y que de ella nacen las razones más profundas que conducen a la Universidad Nacional de Piura y a la Pontificia Universidad Católica del Perú a un acercamiento cada vez más estrecho e intenso. Finalmente, hablamos sobre lo esencial de la vida universitaria con el mismo lenguaje. De ello se desprende que con la penetración que es propia de la inteligencia que debe ser signo de la vida académica y la serena decisión de quien sabe que actúa correctamente, nos dispongamos a luchar por una idea superior de la educación, convencidos como estamos de que las tareas a emprender no son enfrentamientos adjetivos sino batallas esenciales que

debemos librar y ganar para el beneficio de nuestra misión formativa y por tanto en provecho de nuestro doliente y amado país. En estos avatares marchamos pues juntos y a través de acciones solidarias debemos mirar esperanzados las labores que habremos de cumplir.

Señoras y señores:

En la constitución de cada persona, además de una dimensión de exterioridad que le permite a través de un mundo en común afirmarse en su naturaleza social, se encuentra otro capítulo más íntimo e intransferible: el de una subjetividad que no rinde nunca totalmente sus secretos y nos permite construir una vida propia: Tiempo cronológico y duración interna, rostro que se expresa y alma que con pudor se retrae, todos nos hallamos finalmente dentro del marco objetivo de un proceso superior que nos envuelve, pero todos somos también protagonistas únicos de nuestra más singular identidad e historia. En mi caso, dentro de este camino irrepetible, experimento hoy un momento extraordinario y por demás significativo. La distinción generosa que esta alta casa de estudios me ha concedido marca con signo indeleble mi existencia. El regocijo de ser recibido dentro de una Universidad que respeto, se conjuga con la responsabilidad que a partir de ahora, sintiéndome integrante de este claustro, se redobla. Hay una sola manera de retribuir lo que con honor es recibido; ella no es otra que la de comportarse también con honor. Pueden por eso estar seguros de que procuraré, a través de mi quehacer universitario y de mi vida personal, hacer justicia a las altas virtudes de la

Universidad Nacional de Piura, a la que, con gratitud y afecto, considero desde hoy mi propio hogar académico.

SALOMON LERNER FEBRES

RECTOR

Piura, 11 de Diciembre de 1998